



NICOLE LORAUX

La ciudad dividida. El olvido en la memoria de Atenas

Traducción de Sara Vassallo, Katz Editores, Buenos Aires, 2008, 281 pp. (La *cite divisée*: L'oubli dans la mémoire d'Athènes, Payot, 1997)

Construido a partir de un conjunto de artículos y conferencias elaborados entre 1980 y 1993, *La cité divisée* posee una remarkable unidad. No es un mérito menor, precisamente tratando de la temática que trata y sosteniendo la tesis que sostiene. Por una parte, el libro muestra una profunda coherencia y continuidad con las obras anteriores de Nicole Loraux [1943-2003] (*L'invention d'Athènes*, Payot, 1993 i *Nés de la terre*, Seuil, 1997). Por otra parte, se sitúa en una doble interrogación: ¿cómo se piensa a sí misma la ciudad ateniense y como el historiador puede pensarla sin esquivar ni la realidad de las representaciones antiguas ni las legítimas preguntas de la historia? En el momento de su edición, la autora reconocía que en el campo de la historia las cosas habían cambiado en beneficio de la perspectiva que ella defendía: no por la novedad, pues, sino por la importancia de lo que defiende será por lo que este libro deba interesar al lector (cf. p. 19 nota 9). Por lo que respecta a la filosofía, algo diremos al final, pero resulta especialmente atractiva una manera de aproximarse a Aristóteles como “antropólogo” (p. 19).

La unidad dramática de la obra se refleja en la lógica con la que está construida, a partir de las preocupaciones fundamentales que han guiado toda la trayectoria investigadora de su autora: la

interrogación sobre las representaciones de la unidad de la ciudad democrática y la permanencia del conflicto como principio fundador y resorte esencial de la política. Tal preeminencia del conflicto coincide también con una tensión metodológica: la bondad de los análisis de Nicole Loraux resultan de reunir diferentes procedimientos, los propios de la historia, de la antropología cultural, de la literatura, de la filosofía e incluso del psicoanálisis. Cada uno de ellos mantiene su especificidad en la reunión, a riesgo de resultar ingobernables, pero muestran su utilidad en un proyecto común, a saber, entender el hecho mismo de la “reunión humana” (en este caso llamada *pólis* para saber de lo que hablamos). Precisamente N. Loraux pretende mostrar aquello que decimos cuando hablamos de la *pólis* sin saber de ello, porque la *pólis* misma decidió olvidar: que su origen está más en el conflicto que en la identidad. Lo que nos es común tiene su origen en la división y no en la identidad.

La Cité divisée es un tratado sobre la *ideología* de Atenas, sobre su verdad política. Para todo aquel que quiera comprender la *democracia* en el origen de su formulación paradigmática resulta pues un libro indispensable. Sin entender cómo se comprendieron a sí mismos los demócratas atenienses no podrá pretenderse una comprensión global desde nuestra situación. Suponer una continuidad en los valores democráticos simplemente por el hecho de utilizar una misma etiqueta verbal es una ingenuidad incompatible con la necesaria educación que reclama una vida en libertad. La obra de Nicole Loraux resulta, gracias al respeto por la realidad misma de la vida política de Atenas en su formulación propia, el descubrimiento de aquello que la *ideología* de Atenas pretendía relegar al olvido: que la *stasis* era el fundamento en el que descansaba la ciudad misma.

La *stasis*, el conflicto, designa unas realidades aparentemente diferentes entre sí, como son “la posición sustentada”, “la facción política” o la “guerra civil”. La *stasis* es una prueba o un negativo para la ideología dominante de la ciudad como idealidad. La acompañan un cúmulo de palabras teñidas de censura en provecho de otros términos: del *kratos* (poder violento) en provecho de *arkhé* (poder institucional), del *demos* en provecho del *meson* (el centro abstracto y mayoritario de los ciudadanos). Ante la unidad se levantan los espectros de la división, de la lucha y la violencia; ante el poder que se piensa como legitimidad pacificada se levanta la *demokratia*, palabra empleada por los demócratas pero que podría ser originalmente un insulto forjado por sus adversarios. (Entre paréntesis, no es una sospecha sin fundamento que los usos despectivos y peyorativos de los términos puedan rastrearse en los diálogos platónicos o en los tratados aristotélicos y obtener así una lectura despegada del “tecnicismo analítico” al que se han visto ambos sometidos hasta perder buena parte de su riqueza).

Mientras que la antropología produciría una “imagen fría” de la sociedad ateniense cuando prima, en el olvido de su historia, la importancia de los sacrificios y los rituales en los que la ciudad “piensa” su fundación y su perennidad, sacralizando la reconciliación, *La cité divisée* propone “repolitizar” la ciudad pensando su historia *a la vez* que su ideología. No se trata de volver a la historia política de los hechos y los dichos: se trata de poner en pugna los hechos y los dichos, que nos hablan desde su partidismo, con la vida de la ciudad desde su pretendido *unitarismo* (que no es sino otro partidismo). La dificultad metodológica se acrecienta porque los “partidos”, en este caso “las fuentes” con las que dirime la autora (los datos antropológicos), no se baten en un espacio común, en un *ágora*, para utilizar el término griego, sino que retratan precisamente aquello que es la *política* más profunda: la voluntad de establecer el “terreno de juego” y las “reglas de juego”. Entender la política como aquello que se juega como lucha en un juego de lucha



LIBROS



NICOLE LORAU
**La ciudad dividida.
El olvido en la memoria de Atenas**

establecido como tal, o entender la política como la lucha por establecer el juego que deberá jugarse, es una disyuntiva sobre la que se construye un equívoco que cada vez más debemos aclarar cuando tratamos de estas cuestiones, sean en Atenas o en Roma, en la Revolución Americana o la Francesa, sea en la República de Weimar o en la República Española.

La propuesta de Nicole Loraux es “repolitizar” la ciudad repensando la peor de sus pesadillas, la *stasis*. Así, mientras que la *stasis* es vista desde la *ideología de la polis* como guerra civil y utilizada para conjurar las tensiones al precio del olvido, la autora propone tomarla como principio de la política comprendiendo el enfrentamiento como constitutivo del lazo que reúne la ciudad. No es el menor de los méritos del libro procurar retomar los conceptos con la conciencia de las valoraciones peyorativas que se les han añadido hasta el punto de desfigurarlos. Que la lucha intestina *una más que separe* es algo que la autora llega a comprender a través de una interesante lectura desprovista de prejuicios de “especialización” y aventurándose a *pensar la cosa misma* —que no es sino la condición humana en el *modo ateniense*. Resulta, entonces, una antropologización de la ciudad “caliente”, una antropologización del conflicto, de la tensión, de la lucha. Es por ello que la autora presenta una novedosa representación de la democracia ateniense donde el conflicto y su resolución se comprenden como dos momentos in-di-sociables de un mismo proceso recurrente y no como problema y solución. (Debemos guardarnos de una lectura que meramente cambie el orden y entienda que el conflicto es la solución *política* del problema que es la democracia o *neutralidad de la política*: sería una lectura que encontraría apoyo en ciertas proposiciones schmittianas). Ciertamente, la *polis* prefiere la reconciliación: es comprender este hecho concreto aquello que despierta la investigación, la resolución de la democracia ateniense en 403 por la cual se olvida la guerra civil. Ciertamente, el *meson* es el ideal político sobre el que la filosofía plantea una propuesta *política*. Pero tales *hechos* deben conciliarse con la comprensión del asesinato de Efialtes, los rituales de reconciliación, la supresión de ciertos días en el calendario o la amnistía que en el 403 reinstaura la democracia. Todos estos hechos descansan en el olvido y el silencio que fundan el discurso y el mito de la unidad originaria. La tarea de la autora es mostrarnos cómo ocultan la *stasis* procurando conjurarla: des-ocultándola, se nos propone la *stasis* como categoría política fundamental (sea en la antropología o en la historia). Porque el olvido que decretó

Atenas no era un perdón. Era un decreto de amnistía total que prohibía “recordar las desgracias”. Esta *amnistía* se lograba al precio de la *amnesia*, pero debía pagarse un precio. Releer Platón a partir de este contexto resulta una fuente de comprensión de la Atenas democrática y de la condición humana. Mucho más de su tiempo y de su ciudad de lo que las lecturas analíticas conceden, resulta por ello menos griego y más humanamente *común* de lo que se cree: el ejercicio de la inteligencia platónica que nos llega a través de los *diálogos* excede incluso el campo de investigación de la autora, pero sin duda se enriquecen mutuamente. Analizando a Platón, la autora “debe detenerse” (p. 118): resulta que, si bien ha utilizado a Platón como ejemplo de la tesis *particular* que quiere *ilustrar*, si siguiera analizando encontraría en Platón la tesis *general* que quiere *sostener*. Y, más aún, encontraría cómo Platón presentaría a la ciudad una propuesta que comprendería la naturaleza conflictiva de la vida en común. Evidentemente, Atenas no era platónica, y eso debe recordarse, por ejemplo, releyendo el *Menexeno*.

Si en Francia el libro sugería Vichy, sin duda en cada lector remitirá a la problemática asunción del pasado. Que uno de los últimos premios Goncourt tomase como título *Les bienvillantes* para hablar del nazismo no deja de ser algo que puede comprenderse con la lectura de *La ciudad dividida*: uno de los principales textos analizados repetidamente en el libro es *Las Euménides* de Esquilo: las Erinias son las encargadas de la memoria de los males (*mnemones kakon*, 368-383 cf. p. 135-136 del libro); que resulten ser las “Benevolentes” encierra, esconde el conflicto. Que tal acción resulte verdaderamente beneficiosa para la ciudad cuando resulta *el olvido del conflicto* o lo sea en su *mantenimiento* es aquello con lo que se debate la obra de Nicole Loraux.

Josep Monserrat Molas